

Lo sagrado, la magia, el sentimiento

*Por: Roger Chartier **

Traducción: de Jesús Anaya Rosique

Impreso o manuscrito, el libro ha sido investido permanentemente de poderes deseados y temidos. El fundamento de semejante ambivalencia se lee en el texto bíblico, con la doble mención del libro comido, como aparece en Ezequiel III, 3: “Y el Señor me dijo: Hijo del Hombre, tu vientre se alimentará de este libro que te doy, y tus entrañas serán colmadas. Yo me comí ese libro, se volvió dulce en mi boca como la miel”.

Y se repite en el Apocalipsis de san Juan X, 10: “Tomé el libro de la mano del ángel y lo devoré, y estaba dulce en mi boca como la miel; pero apenas lo engullí, me supo amargo”.¹

El libro dado por Dios es a la vez amargo, como lo es el conocimiento del pecado, y dulce, porque es promesa de redención. La Biblia, que contiene este libro de la Revelación, es ella misma un libro poderoso, que protege y conjura, aparta las desgracias y aleja los maleficios. En toda la cristiandad, el libro sagrado ha sido objeto de usos propiciatorios y protectores que no suponían necesariamente la lectura de su texto, sino su presencia material en la cabecera del enfermo o de la mujer que está pariendo.

En toda la cristiandad, igualmente, el libro de magia se encuentra investido por esta carga de sacralidad, que otorga saber y poder a quien lo lee, pero, a la vez, está sometido a él.² En las sociedades tradicionales, los libros de magia encierran esta doble fuerza, que sean impresos como lo fueron las múltiples ediciones del Gran y el Pequeño Albert, o manuscritos, como los libros de conjuros (grimoires), copiados y conservados con temor. Los lectores son invadidos y sacudidos por el libro que los sujeta a su poder. Una captura tal no se puede enunciar más que con dos lenguajes: primero, el de la posesión diabólica, y segundo, el de la locura provocada por el exceso de lecturas.³ El peligro de la lectura de los libros de magia está listo para extenderse a toda lectura, cualquiera que sea, en la medida en que la lectura absorbe al lector, lo aleja de los demás, lo encierra en un mundo de quimeras. La única defensa

para quien quiera permanecer dueño del poder de los libros sin sucumbir a su poderío, es hacerlos suyos gracias a la copia manuscrita y a la recopilación, en otro libro, de textos copiados de nuevo y reunidos por el lector convertido en escriba.

El libro es el instrumento de un poder temible y temido. Lo sabe Calibán, quien piensa que el poder de Próspero no será destruido más que si sus libros son capturados y quemados, y se dirige así a Stefano: “Recuerda, / aduéñate antes de sus libros, visto que sin ellos / él está perdido como yo”, y “Sin más, quémalos”.⁴ Pero los libros de Próspero de hecho no son más que un único libro: el que le permite someter a la Naturaleza y a los seres a su voluntad. Este poder demiúrgico conferido por el libro no carece de riesgo para el que lo ejerce. En ese caso, copiar no es suficiente para conjurar el peligro. El libro debe desaparecer, sumergido en el fondo de las aguas: “Y en lo más profundo, donde ninguna sonda lo alcance / Yo ahogaré mi libro”.⁵ Tres siglos después, es en otras profundidades, las de los anaqueles de la biblioteca, que debe ser sepultado un libro que, por ser de arena, no es menos inquietante.⁶

En el siglo xviii, los propios cuerpos indican, de la peor o de la mejor manera, los poderes del libro y los peligros o los beneficios de la lectura. El discurso se “medicaliza”, construyendo una patología del exceso de lecturas considerado como una enfermedad individual o una epidemia colectiva. La lectura sin control es juzgada peligrosa porque asocia la inmovilidad del cuerpo y la excitación de la imaginación. Por este hecho, se ocasionan los peores males: la obstrucción del estómago y los intestinos, los trastornos nerviosos, el agotamiento físico. Los profesionales de la lectura, es decir los hombres de letras, son los más expuestos a tales desarreglos, fuente de la enfermedad que es por excelencia la suya: la hipocondría.⁷ Por otra parte, el ejercicio solitario de la lectura conduce a un extravío de la imaginación, al rechazo de la realidad, a la preferencia dada a la quimera. De ahí proviene la cercanía entre el exceso de lecturas y los placeres solitarios. Las dos prácticas implican los mismos síntomas: la palidez, la inquietud, la postración.⁸ El peligro es mayor cuando se trata de la lectura de una novela y el lector es una lectora retirada en la soledad. La lectura es pensada, en adelante, a partir de sus efectos corporales, y semejante somatización de una práctica, cuyos peligros estaban designados tradicionalmente con la ayuda de categorías filosóficas o morales,⁹ es quizá el primer signo de una fuerte mutación de los comportamientos y de las representaciones.

Pero el cuerpo puede también revelar la emoción más sincera, la que produce la identificación con un texto que procura un conocimiento pragmático de las cosas y de los seres, y hace interiorizar, en la evidencia del sentimiento, la partición entre el bien y el mal. Es una conmoción tal de los sentidos la que produce, para Diderot, la lectura de Richardson. Describe así su sobresalto por la lectura del relato del entierro de Clarissa, en una carta a Sophie Volland del 17 de septiembre de 1761:

Otra vez mis ojos se llenaron de lágrimas; ya no puedo leer; me despierto y comienzo a lamentarme, a apostrofar al hermano, a la hermana, al padre, a la madre y a los tíos, y a vociferar, con gran sorpresa de Damilaville que no entendía nada ni de mi arrebató ni de mis discursos, y que me preguntaba qué me sucedía.¹⁰

Unos meses después, en el Éloge de Richardson, que redactó para el Journal étranger, es a su amigo Damilaville a quien atribuye las reacciones que él había tenido:

Yo estaba con un amigo, cuando nos referimos al entierro y al testamento de Clarisse, dos fragmentos que el traductor francés suprimió, sin que se sepa porqué. Este amigo es uno de los hombres más sensibles que conozco y uno de los más ardientes fanáticos de Richardson: poco faltó para que lo sea tanto como yo. Y se posesionó de los cuadernos para retirarse a leerlos en un rincón. Lo contemplé: primero vi cómo se le salían las lágrimas, pronto las interrumpió y sollozó; de improviso se levantó, caminó sin saber adónde, gritó como un hombre desolado y dirigió los reproches más amargos a toda la familia de los Harloves.¹¹

Movimientos corporales y del alma cada vez más violentos transmiten la irrefrenable conmoción que invade al lector, las lágrimas y los sollozos, la agitación, los gritos y, finalmente, las imprecaciones, manifestando así, según la bella fórmula de Jean Starobinski, que “la energía cuya fuente es la novela puede ser completamente volcada en la vida real”.¹²

Referencias

1 La Bible, traducción al francés de Louis-Isaac Lemaître de Sacy, París, Robert Laffont (Bouquins), 1990, pp. 1045 y 1608. Cf. Louis Marin, *La parole mangée et autres essais théologico-politiques*, París, Méridiens Klincksieck, 1986.

2 Seguimos aquí el magnífico análisis de Daniel Fabre, “Le livre et sa magie”, en: Roger Chartier, ed., *Pratiques de la lecture*, París, Payot, 1993 (1ª ed. 1985), pp. 231-263. Para los poderes mágicos de los textos manuscritos, cf. F. Bouza, *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Op. cit., capítulo 2 (“Tocar las letras. Cédulas, nóminas, cartas de toque, resguardo y daño en el Siglo de Oro”), pp. 85-108.

3 Giordana Charuty, *Le couvent des fous. L'internement et ses usages en Languedoc aux xixe et xxie siècles*, París, Flammarion, 1985.

4 William Shakespeare, *La Tempête / The Tempest*, en: *Oeuvres complètes*, edición bilingüe (francés-inglés), Michel Grivelet y Gilles Monsarrat, eds., *Tragicomédies*, vol. 2, París, Robert Laffont, 2002, pp. 373-519 (cita en las pp. 474-475); texto en inglés: “Remember / First to possess his books, for without them, / He’s but a sot, as I am” y “Burn but his books”, acto iii, escena 2, versos 83-85 y 87.

5 *Ibid.*, pp. 502-503; texto en inglés: “And deeper than did ever plummet sound, / I’ll drown my book”, acto v, escena 1, versos 56-57.

6 Jorge Luis Borges, “El libro de arena”, en: *El libro de arena*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 130-137 (traducción francesa: *Le livre de sable*, traducido por Françoise Rosset, París, Gallimard, 1990, pp. 265-279).

7 Cf. Samuel Tissot, *De la santé des gens de lettres*, (1768), François Azouvi, ed., Genève, París, Slatkine, 1982; y Roger Chartier, "L'homme de lettres", en: *L'Homme des Lumières*, Michel Vovelle, ed., París, Editions du Seuil, 1996, pp. 159-209 (en particular pp. 196-199).

8 Thomas Laqueur, *Solitary Sex. A Cultural History of Masturbation*, New York, Zone Books, 2003 (traducción francesa: *Le sexe solitaire. Une histoire culturelle de la masturbation*, París, Gallimard, 2005).

9 Barry W. Ife, *Reading and Fiction. A Platonist Critique and Some Picaresque Replies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 49-83.

10 Denis Diderot, *Correspondance*, Laurent Versini, ed., París, Robert Laffont, 1999, p. 348.

11 —, *Éloge de Richardson*, en: *Arts et lettres (1739-1766). Critique I*, Jean Varloot, ed., París, Hermann, 1980, pp. 181-208.

12 Jean Starobinski, "'Se mettre à la place' (La mutation de la critique, de l'âge classique à Diderot)", *Cahiers Vilfredo Pareto*, núms. 38-39, 1976, pp. 364-378 (cita en la p. 377).

** Roger Chartier (Lyon, Francia, 1945) es profesor en el Collège de France y director de estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (EHESS). Ha publicado una significativa cantidad de obras sobre la historia y la cultura del libro y de la edición. Algunas de ellas, traducidas al español son: El presente del pasado: escritura de la historia de lo escrito (2006), Inscribir y borrar. Cultura escrita y literatura —siglos xi-xviii— (2006), El juego de las reglas: lecturas (2006), La historia o la lectura del tiempo (2007) y Escuchar a los muertos con los ojos (2008), entre otras. Este texto hace parte del libro El libro y sus poderes (L'imprime et ses pouvoirs) de próxima publicación por la Editorial Universidad de Antioquia, a propósito de los 80 años de la Imprenta de la Universidad. La obra, traducida por el editor mexicano Jesús Anaya es la primera edición en español, autorizada por el autor para la Universidad.*